

evitar la catástrofe a la que nos conduce el progreso tecnológico del capitalismo, e i) La diferenciación entre progreso humano y moral y progreso económico y tecnológico. Este repertorio de elementos críticos resume buena parte de las contribuciones que dan origen al subtítulo del libro, y por lo tanto indexan una lectura que, a la manera de textos de Cortázar, no debe ser de ninguna manera ascendente, sino más bien intersectada a la altura de los temas en que se tenga mayor interés de aproximación; por ejemplo, trabajo, etnicidad, género, etc.

El atractivo principal de esta compilación radica en mantener viva en nuestro medio la llama del pensamiento marxista. Renán Vega ha previsto tres corrientes que afectan esta incandescencia. La primera es una especie de fundamentalismo clasicista y ortodoxo para el cual "nada nuevo hay bajo el sol" y el mismo análisis marxista tradicional sigue vigente. La segunda es interpretación polar sobre la absoluta insuficiencia del marxismo para analizar una realidad bastante diferente a la manejada por los socialismos históricos e incapaz de asumir por los movimientos políticos que se inspiraron en aquel pensamiento. Una tercera es la opción de revisionismo —cuya posición extrema oscila entre posmarxismo y posmodernismo— que limita la relectura de Marx al estudio parcial de problemas como la cuestión ecológica y femenina y la crítica del progreso (págs. 18-19).

JOSÉ ERNESTO RAMÍREZ

¹ Mientras Sánchez Vásquez afirma que "el pensamiento marxista de los años 20 y 30 tiene como principales exponentes en la América Latina a Julio Antonio Mella en Cuba, Mariátegui en Perú, Aníbal Ponce en Argentina y Lombardo Toledano en México" (pág. 792), Labaké responde al "Manual del perfecto idiota" en "autorretrato de 4 idiotas" que es un exabrupto confundir a los nacionalistas y populares con los marxistas, ya que Haya de la Torre, Gaitán y Torrijos, Getulio Vargas y João Goulart, Sandino y Solana López, y por extensión José Martí, el Che Guevara o el comandante Marcos actuaron siempre en defensa de su patria y de los intereses de su pueblo, siendo menos influidos por la literatura marxista extranjera.

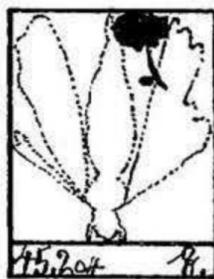
Un clásico

La colonización antioqueña en el occidente de Colombia

James Parsons

Banco de la República/El Áncora Editores, Santafé de Bogotá, 1997, 302 págs.

Han transcurrido casi cuarenta años de la aparición de la primera edición en español del libro del profesor norteamericano James Parsons. La edición original en inglés fue publicada en la serie Iberoamericana (editorial de la Universidad de California, Berkeley, 1949) y un año después apareció la citada traducción al español, realizada por el médico e historiador antioqueño Emilio Robledo.



Aparte de las razones estrictamente profesionales y científicas que acompañaban al autor en su trabajo, muy pronto, como lo expresa él mismo, el afecto y la admiración nacidos durante aquellos siete meses en contacto con la tierra antioqueña y sus gentes hizo que surgieran dentro de su trabajo enfoques diferentes de los de su disciplina. Fue así como Parsons el geógrafo adoptó puntos de vista más cercanos a la sociología, a las ciencias sociales en general y a la historia, en su empeño por ofrecer una visión clara y objetiva, acorde con la sinceridad de su afecto y admiración por Antioquia y los antioqueños. Quizás a este mismo empeño de objetividad científica se deba que anote: "Hay aquí muy poco acerca de las personalidades individuales o acerca del gobierno y la política, la educación, la religión, las artes y las letras".

Es, pues, sobre la idiosincrasia antioqueña en general, y no sobre los individuos que la caracterizan en particular, el análisis emprendido por Parsons en su búsqueda de una definición de la "antioqueñidad", entendida ésta como el amor por la tierra y el apego a unas tradiciones que han caracterizado a las gentes de Antioquia en su trasegar colonizador, iniciado hace ya más de ciento cincuenta años en su mismo territorio, en la parte sur y sudeste, y de donde partirían después las corrientes migratorias de campesinos pobres y de gente sin tierra hacia la gran gesta colonizadora. En Abejorral, Sonsón y La Ceja, primeros enclaves de este proceso, se sitúa el punto de partida que llevaría más tarde a los antioqueños a colonizar el sur y el suroeste del país.

El autor analiza paso a paso en el capítulo VI, titulado "La colonización antioqueña moderna", los antecedentes históricos del fenómeno migratorio, determinado ante todo por la escasez de tierras libres y apropiadas para el laboreo, las cuales habían sido monopolizadas durante el período colonial en la misma Antioquia por los grandes terratenientes, amparados a su vez por las titulaciones concedidas a éstos por la corona y demás autoridades coloniales.

Fue así entonces como el proceso de la colonización antioqueña tuvo su origen en la búsqueda de nuevas tierras fértiles y sin dueños, que permitirían a aquellos descendientes de los primeros mineros encontrar un destino diferente, después del colapso sufrido por la minería de finales del siglo XVIII cuando los yacimientos de oro de superficie se encontraban agotados y el oro que arrastraban los ríos y quebradas se hacía cada vez más escaso; cuando las minas productivas que aún quedaban pasaron a ser monopolio de unos pocos. Aquellos que no contaban sino con la fuerza de sus brazos y que para entonces constituían la mayoría de los pobladores, mestizos, negros y mulatos, entrarían a ser los verdaderos protagonistas de la futura expansión de la "raza antioqueña". Comprendieron todos que su destino estaría ligado en adelante a la tierra, a su cultivo, y que sólo a través de la tierra podrían luego transmitir y perpetuar los verdaderos valores que sustentaban la "antio-

queñidad”: el amor a la tierra, a la familia y a la tradición.

Esta gente, que en el último tercio del siglo XVIII comenzaba a despertar del viejo letargo económico, social y cultural impuesto por una economía de nivel primario, basada en la explotación minera del oro y su comercio, se presentaba ya, a partir del año 1784, a enfrentar un primer reto, el cual sería decisivo después no sólo como el paso inicial que debía llevar a la gente de la región a emprender el camino que le permitiera a la Antioquia de entonces superar su condición de provincia más atrasada en el desarrollo político, económico, administrativo y cultural, de todas las demás provincias que constituían el Nuevo Reino de Granada, sino también, cuando al cabo de unos pocos años ésta se convertiría en la región más rica y progresista para empezar a irradiar su progreso y su riqueza al resto de nuestro territorio. En este año, 1784, fija Parsons —y en ello coincide con otros investigadores— el despegue hacia el cambio definitivo en el destino de la provincia, con la llegada del oidor don Juan Antonio Mon y Velarde, con el cargo de inspector real, ante la petición que su gobernador de entonces, don Francisco Silvestre, había hecho a la corona. Con la llegada del oidor don Juan Antonio Mon y Velarde, y las profundas y oportunas reformas que impuso en la dirección, gobierno y administración de la provincia, sumadas éstas a los grandes y acertados cambios que introdujo, no sólo en lo jurídico sino también en lo económico, hizo que los antioqueños despertaran de su viejo aletargamiento y comprendieran entonces que su futuro estaba en el poblamiento de las tierras altas y frías de la provincia, en donde la bondad del clima y la feracidad de los suelos haría de la agricultura una fuente de riqueza económica. Luego, y bajo su dirección, los antioqueños fundaron en aquellas tierras de clima sano, y libres de plagas, las primeras ciudades que más tarde serían prósperos centros económicos y culturales y el punto de partida de las nuevas colonizaciones, primero en la misma provincia y después en el occidente y el suroeste del país.

Todo esto es expuesto por Parsons, en los primeros capítulos, en un recuen-

to histórico sin el cual no habría sido posible mostrar con claridad las causas determinantes del ulterior desarrollo de los antioqueños, el cual ha sido, en síntesis, producto de una afortunada conjunción entre un pueblo particularmente inteligente y activo y una serie constante de gobernantes y dirigentes públicos igualmente inteligentes y visionarios. El primero de ellos fue, sin duda, don Juan Antonio Mon y Velarde, que en sólo tres años de permanencia entre los antioqueños logró que éstos encontraran el destino que les reservaba la historia, y por ello ha sido reconocido siempre como el “Regenerador de Antioquia”.



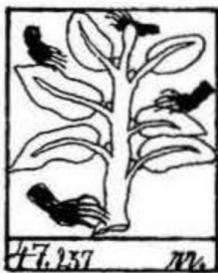
En el capítulo II, hace Parsons un recuento detallado del escenario natural de la región antioqueña desde su punto de vista de geólogo y entra a analizar la topografía de sus tierras, ligada a su vez al curso del río Cauca, como también en general al sistema hidrográfico que recorre su territorio en la cordillera central de los Andes. Se refiere a la poco conocida morfología del sistema montañoso de Antioquia y Caldas con anotaciones sobre la composición geológica de la cordillera Central, así como la incidencia ejercida por su sistema volcánico en la naturaleza de los suelos. La influencia de esta vasta zona de la cordillera Central se extiende más allá de los límites de Antioquia y Caldas y va hasta el Tolima y el Valle del Cauca. La topografía, el clima y la vegetación de la cordillera Central, serán el marco natural dentro del cual habría de desarrollarse posteriormente el proceso histórico de Antioquia y su ulterior rumbo económico. Analiza así mismo el autor, esta vez a través de la historia, las culturas aborígenes que poblaron la región antioqueña y el pa-

pel desempeñado por éstas a partir de la conquista, y luego durante la colonia, en el desarrollo de la economía como mano de obra en la explotación minera y en el transporte de carga y de personas, cuando no existían aún las vías apropiadas en la tortuosa geografía de la región.

En el capítulo IV, referido a la minería española y a la mano de obra utilizada en ésta, Parsons analiza el papel desempeñado por los indígenas, al comienzo, y después por los esclavos negros introducidos a la región para suplir la falta de la mano de obra indígena que había ido mermando por efecto de las enfermedades traídas por los españoles, lo cual hizo que la población aborígen desapareciera casi por completo. Este capítulo tiene una significación especial en relación con unos de los grandes mitos antioqueños respecto de su composición racial. En uno de sus apartes, titulado “El trabajo indígena y la mezcla de razas”, Parsons demuestra que la supuesta pureza y unidad racial de los antioqueños es en realidad la resultante de la mezcla de las tres razas, iniciada en el laboreo de las minas, la cual se encuentra distribuida en diferentes proporciones, según las regiones en las que predominó uno u otro tronco étnico. En los primeros censos y registros levantados en diferentes épocas, aparece la composición étnica de los antioqueños dividida en blancos, negros, mestizos y mulatos, los cuales estaban a su vez distribuidos en proporciones desiguales en el territorio antioqueño. Así, en las regiones de tierra baja, y en especial en las márgenes de los grandes ríos (Cauca y Magdalena), como en las zonas cálidas en donde se desarrolló la minería, sus habitantes son en mayor proporción negros y mulatos, mientras que en las tierras frías de las altiplanicies el porcentaje de blancos y mestizos es mayor. Muestra luego el aporte de los esclavos africanos negros en la composición racial antioqueña.

Ofrece entonces el mencionado capítulo VI, “La colonización antioqueña moderna”, una descripción histórica muy completa sobre este proceso iniciado en la segunda mitad del siglo XIX, y que arranca de la parte meridio-

nal de la región antioqueña hacia los territorios próximos situados al sur y al suroeste del país. Surgen así Manizales y otros asentamientos que formaron parte del viejo Caldas antes de la posterior división política de este territorio. Se describe también aquí el proceso colonizador seguido en el norte del Valle del Cauca y en las regiones del Tolima hasta donde ese proceso se extendió. El empuje que toma entonces el proceso colonizador antioqueño no se detiene allí, pues, como anota Parsons, su influjo logró extenderse hasta el sur del país (Cauca, Nariño y Huila), aunque ya en estas regiones la influencia antioqueña no fue tan decisiva como en el viejo Caldas, Valle del Cauca y Tolima.



Esta visión exhaustiva del fenómeno colonizador antioqueño pone de presente también los efectos posteriores del mismo sobre el ecosistema, los cuales fueron de grandes proporciones en cuanto a la tala masiva de árboles. La rica y selvática región del Quindío fue el mejor ejemplo del severo (¿e inevitable?) proceso de deforestación. Junto con él se dio igualmente una destrucción masiva del patrimonio cultural indígena de la región. Como lo habían hecho en su tierra, los "guaqueros" antioqueños, en busca del oro, produjeron en este sentido un gran daño allí. Desde el capítulo VII el libro ofrece un estudio sociopolítico de los efectos generados por la colonización, tanto en Antioquia como en el resto del país.

Es, pues, un trabajo histórico y científico que desde su ya lejana aparición continúa situándose como una valiosa obra de consulta que ha dado pie a otros investigadores para trabajos de temática similar. Una valiosa obra de consul-

ta que entronca con las más diversas disciplinas, tanto en el área científica en general, como en lo histórico en particular. Tal vez su mayor mérito haya sido haber hecho claridad sobre el tema de la colonización antioqueña, el cual ha sido interpretado siempre con base en la leyenda, más que en los criterios de objetividad histórica y científica que un episodio tan importante para la historia nacional reclama. Esta cuarta edición, que ofrece ahora el Banco de la República, es el mejor reconocimiento a su permanente vigencia.

ELKIN GÓMEZ

Primer Congreso Nacional de Literatura

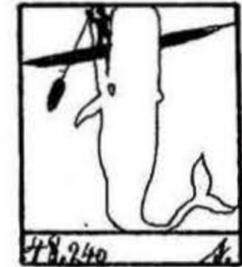
Palabras del vicepresidente de la República, Gustavo Bell Lemus, en la inauguración del Primer Congreso Nacional de Literatura en la ciudad de Medellín

A primera vista no parece muy apropiado que alguien como yo, que ejerce funciones públicas, esté aquí en plan de instalar un congreso de literatura.

En verdad, en nuestro mundo actual, la poesía, la narrativa y el ensayo tienen un papel de crítica insobornable del *statu quo*, una vocación íntima de no condescender al orden que impone la realidad, ni mucho menos a las jerarquías de poder que la sociedad se ve obligada a adoptar para intentar una sobrevivencia a veces injusta, a veces al servicio de un orden de valores, que no es el mismo que aparece en la imaginación o en la insobornable especulación solitaria. Bien lo dijo Papini, en afortunada síntesis de lo que ahora quiero expresar: "Sea cual fuere el gobierno del mundo, yo siempre estaré en la oposición".

Ahora bien, no siempre fue así. Hubo momentos de literatura cortesana, palaciega, construida, a veces hasta magistralmente, para complacer a quien tenía la ingrata y, en ocasiones, concupiscente tarea de ejercer el poder. Y en nuestro torturado país también se dio

el caso de quienes treparon a las altas dignidades del Estado por una escalera de alejandrinos pareados, como lo dijo Alberto Lleras.



Pero no todo tiempo pasado fue mejor. De sociedades convocadas al orden por el unanimismo de las opiniones convertidas en dogmas, hemos pasado, al menos en nuestros feraces territorios latinoamericanos, a un pluralismo enriquecedor, a una capacidad de divergencia que, cuando es alimentada por el talento creador, le confiere al grupo una dinámica de crecimiento espiritual que no sería posible de ninguna otra manera. Es entonces cuando nos hallamos enfrentados a una antinomia que, por un lado, presenta la vana ilusión de lo unívoco y el frustrado intento de interpretar linealmente la realidad a través de la ley y de los lenguajes oficiales y, por el otro lado, como el ojo de los insectos, descubre los mil matices del mundo, la polisemia de situaciones y fenómenos, incorpora la imaginación humana como una fuente de sabiduría y explora las cimas y profundidades del alma humana en toda su complejidad, en su íntima y muy honda simpleza y en esas intangibles necesidades insatisfechas del individuo que siempre se reflejarán en la vida social.

Quisiera pedir licencia a ustedes, profesores y novelistas, críticos y poetas, para hablar en primera persona, no con el propósito de mostrar lo excepcional, —este no es mi caso— sino para dar un testimonio íntimo que considero verdadero de mi vida y válido para muchas vidas de mis amigos y de mis compañeros de generación.

Durante la mayor parte de mi existencia he sido un estudiante, en épocas